

LIBRO DOS

Lo
MEJOR *de*
A.W. TOZER

COMPILADO POR

WARREN W. WIERSBE



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Best of A. W. Tozer, Book Two* © 1980, 2000 por The Moody Bible Institute of Chicago y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *Lo mejor de A. W. Tozer, Libro dos* © 2018 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “RVA-2015” ha sido tomado de Reina Valera Actualizada © 2015 por Editorial Mundo Hispano. Usado con permiso. Todos los derechos reservados

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5772-2 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6668-7 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7482-8 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 27 26 25 24 23 22 21 20 19 18

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

Introducción 9

Extractos de *El conocimiento del Dios santo*

- 1. La inmutabilidad de Dios 13
- 2. La justicia de Dios..... 21
- 3. La misericordia de Dios 27
- 4. La soberanía de Dios 32

Extractos de *La búsqueda de Dios por el hombre*

- 5. El olvidado 40
- 6. La iluminación del Espíritu..... 52
- 7. El Espíritu como poder..... 61
- 8. El Espíritu Santo como fuego..... 69
- 9. La vida llena del Espíritu 84

Extractos de *Nacido después de medianoche*

- 10. La fe es un viaje, no un destino..... 92
- 11. La clave de la vida humana es teológica..... 96
- 12. La tragedia de la actividad religiosa inútil 101

Extractos de *La búsqueda de Dios*

- 13. Percibiendo a Dios 105
- 14. Restaurando la relación Creador-criatura 114

Extractos de *La raíz de los justos*

- 15. No hay regeneración sin reforma.123
- 16. La fe es perturbadora.126
- 17. La fe auténtica supone compromiso.129
- 18. No hay salvación sin señorío.131

Extractos de *Ese increíble cristiano*

- 19. Por qué se otorga el Espíritu Santo134
- 20. La morada de Dios138
- 21. Somos salvados *para*, no solo *de*142
- 22. La necesidad de la iluminación divina.146
- 23. La santificación de nuestras mentes.150

Extractos de *De Dios y los hombres*

- 24. Volvemos a necesitar hombres de Dios.154
- 25. La cruz que interfiere.157
- 26. Cada uno su cruz161
- 27. La religión lleva a la acción164

Extractos de *El hombre, la morada de Dios*

- 28. Los nacidos una vez y los nacidos dos veces168
- 29. La comunión de los santos.172
- 30. ¿Responde Dios siempre a la oración?180
- 31. La importancia de la sana doctrina184

Extractos de *Yo lo llamo herejía*

- 32. Yo lo llamo herejía188
- 33. La Biblia no está anticuada201
- 34. La santidad no es una opción211
- 35. Marido y mujer: una sociedad.224

Extractos de *¿Quién clavó a Cristo en la cruz?*

36. ¿Quién llevó a Jesús a la cruz?236
37. ¿Cuál es el mayor pecado de una sociedad profana? 246

Extractos de *Dios habla a quien le escucha*

38. La sinceridad en la oración 264
39. El pragmatismo en la iglesia267
40. La fe sin expectativa está muerta271
41. El cristiano y su dinero275

Extracto de *Yo replico al diablo*

42. Las denominaciones también pueden apartarse de la fe. . . .278

Extracto de *La adoración: la joya ausente en la Iglesia evangélica*

43. La adoración aceptable290

Extracto de *Cómo ser llenos del Espíritu Santo*

44. ¿Quién es el Espíritu Santo?297

INTRODUCCIÓN

*“Imagino que mi filosofía es esta:
todo está mal hasta que Dios lo arregla”.*

Esta afirmación del Dr. A. W. Tozer resume a la perfección lo que creía y lo que intentó hacer durante sus años en el ministerio. El eje de todas sus predicaciones y sus libros era Dios. No tenía tiempo que dedicar a los vendedores ambulantes religiosos que inventaban maneras nuevas de vender sus mercancías e inflar sus estadísticas. Como Thoreau, al que leía y admiraba, Tozer caminaba a otro compás; por este motivo, normalmente no seguía el paso de muchas de las personas que integraban el desfile religioso.

Sin embargo, es precisamente esta excentricidad evangélica la que nos hizo quererle y apreciar su obra. No temía decirnos lo que estaba mal. Tampoco vacilaba en decirnos cómo podía arreglarlo Dios. Si podemos comparar un sermón con la luz, A. W. Tozer lanzaba rayos láser desde el púlpito, un haz luminoso que penetraba en tu corazón, abrasaba tu conciencia, manifestaba el pecado y te inducía a clamar: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”. La respuesta siempre era la misma: entrégate a Cristo; conoce a Dios personalmente; crece para ir pareciéndote a Él.

Aiden Wilson Tozer nació en Newburg (entonces conocida como La Jose), Pennsylvania, el 21 de abril de 1897. En 1912, la familia se trasladó de su granja a Akron, Ohio, y en 1915 Tozer se convirtió a Cristo. De inmediato comenzó una vida de intensidad devocional y testimonio personal. En 1919 empezó como pastor de una iglesia de la Alianza en Nutter Fort, West Virginia. También fue pastor de iglesias en Morgantown (West Virginia), Toledo (Ohio), Indianápolis (Indiana) y, en 1928, se trasladó a la Southside Alliance Church, en Chicago. Aquí sirvió hasta noviembre de

1959, cuando se convirtió en el pastor de la Avenue Road Church, en Toronto. Un ataque al corazón repentino, que tuvo lugar el 12

de mayo de 1963, acabó con ese ministerio, y Tozer entró en la gloria celestial.



**Las multitudes
no corren a
escuchar a un
hombre cuyas
convicciones
hacen que
se sientan
incómodos.**

Estoy seguro de que Tozer llegó a más personas por medio de sus escritos que de sus sermones. Buena parte de sus escritos quedan reflejados en la predicación de aquellos pastores que alimentaron sus almas con sus palabras. En mayo de 1950 lo nombraron editor de *The Alliance Weekly*, llamada hoy *The Alliance Witness*, que seguramente se trataba de la única publicación religiosa que la gente adquiriría para leer sus editoriales. Un día escuché al Dr. Tozer

hablando en una conferencia para la Asociación de Prensa Evangélica, donde amonestó a los editores que practicaban lo que él definía como “periodismo de supermercado: dos columnas de publicidad y un pasillo de material de lectura”. Era un escritor exigente, y era tan duro consigo mismo como lo era con otros.

¿Qué hay en las obras de A. W. Tozer que nos atrapa y no nos deja escapar? Tozer no disfrutó del privilegio de una formación universitaria o seminario, y lo cierto es que ni siquiera contó con formación en alguna escuela bíblica, pero aun así nos ha dejado toda una colección de libros que serán una fuente de riqueza espiritual hasta que el Señor vuelva.

De entrada, A. W. Tozer escribía con convicción. No le interesaba acariciar los oídos de los superficiales cristianos atenienses que buscaban cosas nuevas. Tozer despejó los pozos antiguos y nos llamó de vuelta a los senderos del pasado, y creyó y practicó apasionadamente las verdades que enseñaba. En cierta ocasión le dijo a un amigo mío: “¡He predicando y me han echado de todas las tarimas de conferencias bíblicas en este país!”. Las

multitudes no corren a escuchar a un hombre cuyas convicciones hacen que se sientan incómodos.

Tozer era un místico, un místico evangélico, en una era pragmática y materialista. Sigue llamándonos a ver ese mundo espiritual real que se encuentra más allá del mundo físico que tanto nos esclaviza. Nos ruega que agradecemos a Dios y nos olvidemos de la gente. Nos implora que adoremos a Dios para irnos pareciendo más a Él. ¡Qué necesario es este mensaje en nuestros tiempos!

A. W. Tozer tenía el don de tomar una verdad espiritual y sostenerla bajo la luz de forma que, como un diamante, todos pudieran ver y admirar sus facetas. No se perdía en pantanos homiléticos; el viento del Espíritu soplaba y los huesos muertos volvían a la vida. Sus ensayos son como delicados camafeos cuyo valor no depende de su tamaño. Su predicación se caracterizaba por una intensidad (una intensidad espiritual) que penetraba en el corazón de las personas ayudándolas a ver a Dios. ¡Qué bendición es tener a mano un libro de Tozer para un cristiano que tiene el alma sedienta y siente que Dios está lejos!

Esto nos lleva a la que considero que es la mayor contribución que hace A. W. Tozer en sus obras. Nos emociona tanto con la verdad que nos olvidamos de él y acudimos a la Biblia. Él dijo muchas veces que el mejor libro es aquel que te produce el deseo de cerrarlo y pensar por ti mismo. Pocas veces leo a Tozer sin echar mano de mi cuaderno y apuntar alguna verdad que más adelante pueda compartir en un sermón. Tozer es como un prisma que capta la luz y revela toda su belleza.¹

Warren W. Wiersbe
The Moody Church
Chicago, Illinois

1. Para la edición española, indicamos los títulos de los libros tal como fueron publicados en español o, en caso de no existir una edición en español, hemos traducido el título. No obstante, el texto de los capítulos se ha traducido de nuevo a partir de la edición en inglés.

LA INMUTABILIDAD DE DIOS

¡Oh, Cristo Señor nuestro, tú has sido nuestro refugio en todas las generaciones! Corremos a ti en busca de seguridad, como los conejos a su madriguera; como las aves cuando regresan de sus vagabundeos, hemos volado a ti en busca de paz. En nuestro pequeño mundo de la naturaleza y los hombres, el azar y el cambio obran sin cesar, pero en ti no encontramos variabilidad ni sombra de cambio. Descansamos en ti sin temor ni duda, y aguardamos nuestro mañana sin ansiedad. Amén.

La inmutabilidad de Dios se cuenta entre los atributos menos difíciles de comprender, pero para asimilarla debemos distinguir entre el tipo de pensamientos que dedicamos a las cosas creadas de esos otros, más infrecuentes, que surgen cuando intentamos asimilar lo que es posible comprender de Dios.

Decir que Dios es inmutable significa que nunca difiere de sí mismo. En las Escrituras no encontramos el concepto de un Dios que crece o que se desarrolla. Me resulta imposible pensar que Dios pueda diferir de sí mismo en ningún sentido. El motivo es este: para que un ser moral cambie, sería necesario que el cambio se produjera en una de tres direcciones posibles. Puede empeorar o puede mejorar, o, siempre que la cualidad moral se mantenga estable, debe cambiar dentro de sí mismo, como por ejemplo pasar de la inmadurez a la madurez o de un orden de existencia a otro. Debemos tener claro que Dios no puede moverse en

ninguna de estas direcciones. Sus perfecciones descartan para siempre cualquiera de estas posibilidades.

Dios no puede mejorar. Dado que es perfectamente santo, nunca ha sido menos santo de lo que lo es ahora, y nunca puede ser más santo de lo que es y ha sido siempre. Dios tampoco puede empeorar. Es imposible cualquier tipo de deterioro dentro de la naturaleza de Dios, que es inefablemente santa. De hecho, creo que es imposible incluso pensar en algo así, porque, en el mismo momento en que lo intentamos, el objeto en el que pensamos ya no es Dios, sino otra cosa y otra persona que es menos de lo que Él es. Puede que pensemos en una criatura grande y asombrosa, pero dado que es una criatura no puede ser el Creador que existe por sí mismo.

De la misma manera que no puede producirse ningún cambio en el carácter moral de Dios, tampoco puede darse dentro de la esencia divina. El ser de Dios es excepcional en el único sentido correcto de este término; es decir, que su ser es otro, es distinto, de cualquier otro ser. Hemos visto cómo Dios se distingue de sus criaturas porque existe por sí mismo, es autosuficiente y eterno. En virtud de estos atributos, Dios es Dios y no otro ser. Alguien que pueda experimentar cualquier grado de cambio, por pequeño que sea, no existe por sí mismo, no es autosuficiente ni eterno, y por lo tanto no es Dios.

El único que puede cambiar es un ser compuesto de diversas partes, porque básicamente el cambio es una alteración de la relación que mantienen las partes con un todo o la admisión en la composición original de algún elemento externo. Dado que Dios existe por sí mismo, no está compuesto. En Él no hay partes que puedan alterarse. Dado que es autosuficiente, nada puede penetrar en su ámbito desde fuera.

Anselmo dice: “Aquello que está compuesto de partes no es una sola cosa, sino en cierto sentido es plural y distinto a sí mismo; y ya sea en teoría o en la práctica es capaz de disolverse.

Pero estas cosas son ajenas a ti, porque es imposible concebir a alguien mejor que tú. De este modo, en ti no hay partes, Señor, ni eres más de uno. Pero eres con tanta certidumbre un ser unitario y tan idéntico a ti mismo, que en ningún sentido eres distinto de ti; antes bien, eres la propia unidad, indivisible en ningún sentido”.

“Dios es todo lo que siempre ha sido, y siempre será todo lo que ha sido y todo lo que es”. Jamás cambiará nada de lo que Dios ha dicho acerca de sí mismo; nunca dejará de tener vigor nada de lo que dijeron sobre Él los profetas y los apóstoles inspirados. Su inmutabilidad garantiza que así sea.

La inmutabilidad de Dios se manifiesta en su belleza más perfecta cuando se la compara con la mutabilidad humana. En Dios no es posible ningún cambio; en los hombres, el cambio es ineludible. El hombre y su mundo tampoco están fijos; tanto uno como otro cambian constantemente. Cada ser humano aparece durante un poco de tiempo para reír y llorar, trabajar y jugar, y luego hacer espacio para quienes vendrán después de él en un ciclo interminable.

Algunos poetas han encontrado un placer morboso en la ley de la transitoriedad, y han cantado en clave menor el cántico del cambio perpetuo. Omar, el fabricante de tiendas, fue alguien que cantó con sentimiento y humor sobre la mutación y la mortalidad, las dos enfermedades gemelas que afligen a la humanidad. “No moldees con tanta fuerza la arcilla”, exhorta al alfarero, “puede ser que te estés tomando muchas libertades con el polvo que fue tu abuelo”. “Cuando alces la copa para beber vino”, recuerda al juerguista, “puede que beses los labios de una belleza que murió hace mucho”.



**“Dios es todo
lo que siempre
ha sido, y
siempre será
todo lo que ha
sido y todo lo
que es”.**

Esta nota de tristeza dulce expresada con un humor amable proporciona una radiante hermosura a sus cuartetos, pero, por muy hermoso que sea, el largo poema es morboso hasta la muerte. Como el pájaro encandilado por la serpiente que lo devorará, el poeta está fascinado por el enemigo que le destruye a él, a todos los hombres y a todas las generaciones.

También los escritores sagrados se enfrentan a la mutabilidad humana, pero son hombres sanos y en sus palabras encontramos una fortaleza saludable. Han descubierto la cura para la gran enfermedad: nos dicen que Dios no cambia. La ley de la transformación pertenece a un mundo caído, pero Dios es inmutable y en Él los hombres de fe encuentran al fin la permanencia eterna. Entre tanto, el cambio obra a favor de los hijos del reino, no en su contra. Los cambios que se producen en ellos los realiza la mano del Espíritu que habita en sus vidas. “Por tanto, nosotros todos”, dice el apóstol, “mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Co. 3:18).

En un mundo de cambio y decadencia, ni siquiera el hombre de fe puede ser totalmente feliz. Busca instintivamente lo inmutable, y siente el sufrimiento que le producen las cosas familiares que amaba y que desaparecen.

*¡Oh, Señor! Mi corazón se angustia,
se angustia por este cambio incesante;
la vida huye tediosamente veloz
en su carrera incansable y en sus grandes variaciones:
el cambio no halla su semejanza en ti,
ni despierta un eco en tu eternidad silenciosa.*

—Frederick W. Faber

Estas palabras de Faber encuentran respuesta solidaria en todos los corazones; pero, por mucho que lamentemos la falta

de estabilidad de todas las cosas terrenales en un mundo caído como este, la propia *capacidad* de cambio es un tesoro dorado, un don de Dios, que tiene un valor tan fabuloso que justifica nuestra acción de gracias constante. Para los seres humanos, la posibilidad de redimirse se encuentra en su capacidad para cambiar. La esencia del arrepentimiento está en poder pasar de ser un tipo de persona a otro distinto: el mentiroso aprende a decir la verdad; el ladrón se vuelve honrado; el lascivo, puro; el orgulloso se hace humilde. Se altera por completo el tejido moral de la existencia. Los pensamientos, los deseos y los afectos se transforman, y el hombre ya no es lo que había sido antes. Este cambio es tan radical que el apóstol llama “el viejo hombre” al hombre que solía ser, y “el nuevo hombre” al hombre que es ahora, “el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” de quien lo creó (Col. 3:9-10).

Sin embargo, el cambio es más profundo y más básico de lo que puedan manifestar los actos externos, porque también incluye la recepción de una vida que tiene una cualidad distinta y superior. El viejo hombre, aun en sus mejores momentos, solo posee la vida de Adán. El nuevo hombre tiene la vida de Dios y esto es algo más que una forma de hablar; es cierto literalmente. Cuando Dios introduce la vida nueva en el espíritu de una persona, esta se convierte en miembro de un orden existencial nuevo y superior.

A la hora de aplicar sus procesos redentores, el Dios inmutable utiliza plenamente los cambios y, por medio de una sucesión de estos, llega por fin a la permanencia. En el libro de Hebreos se nos dice esto claramente: “quita lo primero, para establecer esto último” (10:9). Esta frase es una especie de resumen



Para los seres humanos, la posibilidad de redimirse se encuentra en su capacidad para cambiar.

de la enseñanza de ese libro tan notable. El antiguo pacto, como algo provisional, fue abolido, y el pacto nuevo y eterno ocupó su lugar. La sangre de las cabras y de los toros perdió su importancia cuando se derramó la del Cordero pascual. La ley, el altar, el sacerdocio, todo fueron elementos temporales y sujetos al cambio; ahora la ley eterna de Dios está grabada para siempre en la materia viva y sensible de la que se compone el alma humana. El santuario antiguo ya no existe, pero el nuevo santuario es eterno en los cielos y, allí, el Hijo de Dios tiene su sacerdocio eterno.

Aquí vemos que Dios utiliza el cambio como si este fuera un siervo humilde, con objeto de bendecir a su pueblo redimido, pero Él mismo está excluido de la ley de la mutación, y no se ve afectado por ninguno de los cambios que se producen en el universo.

*Y todas las cosas, al cambiar, proclaman
que el Señor es el mismo para siempre.*
—Charles Wesley

Una vez más surge la pregunta de la utilidad: “¿De qué me sirve saber que Dios es inmutable?”, pregunta alguien. “¿Acaso todo esto no es una mera especulación metafísica? ¿Algo que puede aportar cierta satisfacción a personas que piensan de determinada manera pero que no tiene verdadera importancia para las personas prácticas?”.

Si al decir “personas prácticas” nos referimos a incrédulos envueltos en asuntos seculares e indiferentes a las afirmaciones de Cristo, el bienestar de sus propias almas o los intereses del mundo venidero, entonces para ellos un libro como este no puede tener la más mínima importancia; como, lamentablemente, tampoco la tendrá ningún otro libro que se tome en serio la religión. Sin embargo, aunque esos hombres constituyan la mayoría, no son ni mucho menos la totalidad de la población; aún quedan

esos siete mil que no han doblado sus rodillas ante Baal. Estos creen que fuimos creados para adorar a Dios y disfrutar de su presencia para siempre, y están ansiosos por aprender todo lo que puedan sobre el Dios con quien esperan pasar la eternidad.

En este mundo donde los hombres nos olvidan, cambian su actitud hacia nosotros según les dictan sus intereses privados y alteran la opinión que tienen de nosotros por el motivo más nimio, ¿no supone una fuente de fortaleza maravillosa saber que el Dios con quien nos relacionamos no cambia? ¿No es estupendo saber que su actitud hacia nosotros es la misma que lo fue durante la eternidad pasada y lo será en la futura?

¡Qué paz aporta al corazón del cristiano ser consciente de que nuestro Padre celestial nunca difiere de sí mismo! Cuando acudimos a Él en cualquier momento no tenemos que preguntarnos si lo hallaremos con un talante receptivo. Siempre está atento a la tristeza y la necesidad, así como al amor y a la fe. No tiene horario de oficina ni aparta momentos en los que no quiere recibir a nadie. Tampoco cambia de opinión respecto a nada. Hoy, en este instante, siente hacia sus criaturas, hacia los bebés, los enfermos, los caídos, los pecadores, exactamente lo mismo que sentía cuando envió a su Hijo unigénito al mundo para morir por la humanidad.

Dios nunca cambia de estado de ánimo, su afecto nunca se enfría, jamás pierde entusiasmo. Su actitud hacia el pecado es hoy la misma que fue cuando expulsó al ser humano pecador del huerto al oriente, y su actitud hacia el pecador es la misma que cuando extendió sus manos y clamó diciendo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mt. 11:28).



**¡Qué paz aporta
al corazón del
cristiano ser
consciente de
que nuestro
Padre celestial
nunca difiere de
sí mismo!**

Dios no hace concesiones y no hace falta que lo convenzamos. No se le puede inducir a cambiar su Palabra ni convencerle para que responda a una oración egoísta. En todos nuestros esfuerzos por encontrar a Dios, por complacerle, por tener comunión con Él, debemos recordar que todo el cambio debe estar de nuestra parte. “Porque yo Jehová no cambio” (Mal. 3:6). Solo tenemos que cumplir los términos que Él estipula con claridad, sintonizar nuestras vidas con su voluntad revelada, y su poder infinito se volverá inmediatamente operativo en nuestras vidas, tal como lo expresa el evangelio en las Escrituras de la verdad.

*¡Fuente del ser! ¡Fuente de bien!
¡Inmutable permanecerás!
Y la sombra de mudanza
las glorias de tu reino
jamás oscurecerá.*

*Puede la tierra desaparecer,
si el Creador lo desea;
y con ella su poder,
mas tú por siempre eres fiel,
el YO SOY de vida eterna.*

—De la Colección Walker

LA JUSTICIA DE DIOS

Padre nuestro, te amamos por tu justicia. Reconocemos que tus juicios son fieles y verdaderos. Tu justicia sustenta el orden del universo y garantiza la seguridad de todos los que ponen en ti su confianza. Vivimos porque eres justo... y misericordioso. Santo, santo, santo, Señor Dios todopoderoso, justo en todos tus caminos y santo en todas tus obras. Amén.

En las Escrituras inspiradas, la justicia y la rectitud apenas se distinguen la una de la otra. La misma palabra en el original se convierte en castellano en *justicia* o *rectitud*, casi, podríamos pensar, por el capricho del traductor.

El Antiguo Testamento afirma la justicia de Dios en un lenguaje claro y pleno, y tan hermoso como cualquiera que podamos encontrar en la literatura de la humanidad. Cuando Dios anunció la destrucción de Sodoma, Abraham intercedió por los justos dentro de la ciudad, recordando a Dios que sabía que Él actuaría como era propio de Él en medio de la emergencia humana. “Lejos de ti el hacer tal, que hagas morir al justo con el impío, y que sea el justo tratado como el impío; nunca tal hagas. El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” (Gn. 18:25).

El concepto de Dios que tenían los salmistas y los profetas de Israel era el de un gobernante todopoderoso, excelso, que reinaba con equidad. “Nubes y oscuridad alrededor de él; justicia y juicio son el cimiento de su trono” (Sal. 97:2). Las profecías

bíblicas sobre el Mesías venidero decían que, cuando viniera, juzgaría al mundo con justicia y a los afligidos con juicio (Sal. 72:2). Los hombres santos llenos de compasión tierna, furiosos al ver la desigualdad de los gobernantes humanos, oraron diciendo: “Jehová, Dios de las venganzas, Dios de las venganzas, muéstrate. Engrandécete, oh Juez de la tierra; da el pago a los soberbios. ¿Hasta cuándo los impíos, hasta cuándo, oh Jehová, se gozarán los impíos?” (Sal. 94:1-3). Y esto no debe entenderse como la exigencia de una venganza personal, sino como el anhelo de ver que la equidad moral prevalezca en la sociedad humana.

Hubo hombres como David y Daniel que reconocieron su propia injusticia, como contraste a la justicia de Dios, y como resultado de esto sus oraciones penitenciales gozaron de un poder y de una eficacia considerables. “Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro” (Dn. 9:7). Y cuando el juicio de Dios, que Él contuvo durante mucho tiempo, empieza a caer sobre el mundo, Juan ve a los santos victoriosos junto a un mar de cristal mezclado con fuego. En sus manos sostienen las arpas de Dios; el cántico que entonan es el de Moisés y el Cordero, y el tema de su canción es la justicia divina. “Grandes y maravillo-



**La compasión
de Dios emana
de su bondad,
y la bondad sin
justicia no es
bondad.**

sas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado” (Ap. 15:3-4).

La justicia encarna la idea de igualdad moral, y la iniquidad es exactamente lo opuesto a ella; procede de “in-equidad”, la ausencia de igualdad en los pensamientos y en los actos humanos. El juicio es la aplicación de la equidad a las situaciones morales, y puede ser favorable o desfavorable dependiendo de si

la persona sujeta al examen ha tenido un corazón y una conducta imparciales o inequitativos.

A veces decimos que “La justicia exige que Dios haga esto”, refiriéndonos a algún acto que sabemos que Él hará. Esto es un error, tanto de pensamiento como de lenguaje, porque postula un principio de la justicia fuera de Dios, que le obliga a actuar de determinada manera. Por supuesto, este principio no existe. Si lo hubiera, sería superior a Dios, porque solo un poder superior puede obligar a la obediencia. La verdad es que fuera de la naturaleza de Dios no existe nada (y nunca puede haberlo) que pueda obligarlo en el más mínimo grado. Todos los motivos de Dios proceden de su ser increado. Al ser de Dios, desde la eternidad, no se ha añadido ni se ha quitado nada, y tampoco ha cambiado nada.

Cuando usamos el término “justicia” para hablar de Dios, es el nombre que le damos a la forma de ser de Dios, nada más; y cuando Dios actúa con justicia, no lo hace para adaptarse a algún criterio independiente, sino sencillamente porque así es como le lleva a actuar su naturaleza en un momento dado. Igual que el oro es un elemento por sí mismo y nunca puede cambiar ni menoscabar su esencia, sino que es oro se encuentre donde se encuentre, Dios es Dios, siempre, solo y plenamente Dios, y nunca puede ser otra cosa que lo que es. En este universo todo es bueno en tanto en cuanto se conforme con la naturaleza de Dios, y malo cuando no lo haga. Dios es su propio principio de equidad moral, que existe por sí mismo, y cuando sentencia a los malvados o recompensa a los justos, simplemente actúa como es Él, desde dentro, sin que le influya nada que no sea Él mismo.

Todo esto parece (y solo parece) destruir la esperanza de justificación para el pecador arrepentido. El filósofo y santo cristiano Anselmo, arzobispo de Canterbury, buscó una solución a la contradicción aparente entre la justicia de Dios y su misericordia. Le preguntó a Dios: “¿Cómo tienes piedad del malhechor si eres

todo justo y supremamente justo?”. Entonces miró directamente a Dios para recibir respuesta, porque sabía que radicaba *en lo que Dios es*. Las conclusiones de Anselmo se pueden parafrasear de la siguiente manera: el ser de Dios es unitario; no está compuesto por una serie de partes que actúan en armonía, sino solamente de una. En su justicia no hay nada que impida el ejercicio de su misericordia. Pensar en Dios, como lo hacemos a veces, como un juez amable en un tribunal que, obligado por la ley, con lágrimas en los ojos y disculpándose, sentencia a un hombre a la muerte, es pensar de un modo totalmente indigno del Dios verdadero. Dios nunca actúa contrariamente a su voluntad. Ninguno de los atributos de Dios se contradice con otro de ellos.

La compasión de Dios emana de su bondad, y la bondad sin justicia no es bondad. Dios nos perdona la vida porque es bueno, pero no podría ser bueno si no fuera justo. Anselmo llega a la



**Dios nos
perdona la
vida porque es
bueno, pero
no podría ser
bueno si no
fuera justo.**

conclusión de que, cuando Dios castiga a los malvados, es justo porque es coherente con lo que ellos merecen; y, cuando tiene piedad de ellos, es justo porque esto es compatible con su bondad, de modo que Dios hace lo que le corresponde en su calidad de Dios supremamente bueno. Esta es la razón que busca comprender, no para creer sino precisamente porque ya cree.

Una solución más sencilla y familiar al problema de cómo puede Dios ser justo y aun así justificar a los injustos es la que hallamos en la doctrina cristiana de la redención. Esta dice que, por medio de la obra de Cristo en la expiación, cuando Dios no castiga a un pecador, la justicia no se viola, sino que se satisface. La teología de la redención enseña que la misericordia no se vuelve efectiva hacia un hombre hasta que la justicia ha hecho su obra. La paga justa por el pecado se cobró cuando

Cristo, nuestro sustituto, murió por nosotros en la cruz. Por desagradable que suene esto al oído del hombre natural, siempre ha sido dulce al oído de la fe. Millones de personas han sido transformadas moral y espiritualmente por este mensaje, han llevado vidas de gran poder moral y han muerto, al final, confiando apaciblemente en Él.

Este mensaje de justicia satisfecha y misericordia operativa es más que una agradable teoría teológica; anuncia un hecho que nuestra necesidad humana vuelve ineludible. Debido a nuestro pecado estamos todos bajo sentencia de muerte, un juicio que se produjo cuando la justicia abordó nuestro estado moral. Cuando la equidad infinita se topó con nuestra iniquidad crónica y voluntaria, se produjo una violenta lucha entre las dos, una guerra que Dios ganó y que siempre ganará. Pero cuando el pecador arrepentido acude a Cristo para recibir salvación, la situación moral se invierte. La justicia aborda el estado modificado y decreta que el creyente es justo. Así, la justicia se pasa al bando de los hijos de Dios que confían en Él. Este es el significado de las osadas palabras del apóstol Juan: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn. 1:9).

Sin embargo, la justicia de Dios se enfrenta para siempre al pecador con una severidad absoluta. La esperanza difusa y tenue de que Dios es demasiado bueno como para castigar a los impíos se ha convertido en el opio mortal de la conciencia de millones de personas. Apacigua sus temores y les permite practicar todo tipo agradable de iniquidad, mientras la muerte se aproxima y no hacen caso del mandamiento de arrepentirse. Siendo como somos



**La paga justa
por el pecado se
cobró cuando
Cristo, nuestro
sustituto, murió
por nosotros en
la cruz.**

seres morales responsables, no nos atrevemos a descuidar así nuestro futuro eterno.

*Jesús, tu sangre y tu justicia,
belleza mía son, y vestido glorioso;
entre los mundos ardientes,
de ellas revestido,
con gozo mi cabeza levantaré.*

*Osado asistiré a tu gran día,
pues, ¿quién acusarme podrá?
Absuelto me hallo por medio de estas,
del pecado y del miedo,
la culpa y la vergüenza.*

—Conde N. L. von Zinzendorf